

LA LECTURA POPULAR

Año XLVIII

Orlhuela 15 Diciembre de 1930

Num. 1128

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

¡Intolerantes!

No hay mejor manera de enseñar una cosa que practicarla; y para hacer simpática y agradable una norma de conducta, una regla de vida, lo más conducente es ponerla en ejecución: que cuando los demás ven los buenos resultados que produce y la tranquilidad y bienestar que causa, aun sin darse cuenta se la van asimilando y la llevan a la práctica. Los enemigos de la Iglesia que tanto nos echan en cara la intolerancia, podrían convencernos fácilmente con sólo tenerla ellos.

¿La tienen?

Miremos cómo proceden. Despojan a la Iglesia de todos sus bienes, prohíben las procesiones por las calles, obligan a los maestros a quitar el Crucifijo de las escuelas, suprimen periódicos e instituciones católicas, ametrallan a los que toman parte en un mitin católico, inventan mentiras y calumnias contra la gente piadosa y de conciencia y arman mil embrollos a propósito del tesoro artístico, fundándose en hechos falsos escritos por un cualquiera a fin de quitarle a la Iglesia el derecho que tiene de hacer con sus cosas lo que le parezca conveniente.

Durante la revolución francesa asesinaron los enemigos del catolicismo a miles y miles de sacerdotes, religiosos y personas de todas clases (pero no lo cacarean tanto como lo de la noche de San Bartolomé). Para no citar muchos casos: el 2 de Septiembre de 1792 fué asesinado con otros varios

el sacerdote Hebert, confesor de Luis XVI, por llevar encima unas imágenes del Sagrado Corazón. Y dos años después, el 17 de Julio de 1794, fueron decapitados por el mismo crimen los Carmelitas de Compiégne.

Bismark y los suyos expulsaron de Alemania a dignísimos Obispos, sacerdotes y a todos los jesuitas.

En el año 1909, durante la semana trágica, los masones y anticlericales y demás enemigos del orden y de la Iglesia, quemaron templos y conventos, asaltaron edificios religiosos y dispersaron muchas comunidades.

En Méjico han tenido la tolerancia de matar personas por oír Misa en su propia casa, de fusilar sacerdotes por no querer revelar el secreto de la confesión, de colgar de un árbol a varios vecinos del pueblo de Nayarit que se oponían a que les cerrasen su Iglesia.

En Rusia han dejado morir de hambre y de frío a muchísimos niños para que no continuasen alimentándolos con los millones que empleaba en ello el Sumo Pontífice. Claro está que estos casos de tolerancia son tomados al azar; no hay para qué hablar de la persecución contra los católicos en Inglaterra bajo los reinados de Enrique VIII y su hija Isabel, o en Irlanda desde el siglo XVI hasta hace pocos años. Ni de las guerras provocadas en Alemania por las instigaciones de Lutero y de los príncipes protestantes. Ni de las violencias de todas clases cometidas en Portugal, España, Francia, Suiza e Italia en los últimos doscientos años contra las familias religiosas.

Ni siquiera hablamos de las mentiras, calumnias y mal intencionadas apreciaciones que publican hoy día muchos periódicos de la izquierda tanto en Madrid como en provincias, en España y en el Extranjero.

Cuando uno oye a toda esa gente hablar de la intolerancia de los católicos y quejarse de nuestro fanatismo, piensa en los ladrones y malhechores que maniatados y custodiados van por las calles protestando contra la Guardia Civil, porque «no les deja ejercitar honradamente su oficio».

No pretenden más que corromper a los niños, deshacer la familia, soltar las pasiones, arrinconar la Iglesia y hacer la guerra a Dios. Total nada.

En cambio los fanáticos católicos se hacen insoportables porque no quieren dejarse robar, no quieren que les perviertan a sus hijos, no quieren que les insulten y maltraten, no quieren que les arrebaten los derechos suyos legítimos, no quieren que se blasfeme de Dios, no quieren que se haga mofa de sus sacerdotes, de sus imágenes, de sus procesiones, no quieren que se ataquen sus dogmas o creencias.

Y hacen imposible la vida a sus enemigos con tantas impertinencias. Porque éstos querrían ir pisando cabezas de católicos como el caballo de Atila pisaba y secaba la hierba y los católicos no sólo no lo consienten, sino hasta se defienden. ¡Intolerantes!

Si esos señores discurriesen un poco verían que no podemos proceder de otra manera.

Las creencias, las máximas, los Mandamientos, las normas de moral, la constitución de la Iglesia y todas las demás cosas que tanto les molestan ¿las hemos inventado nosotros? ¿no son cosa de Dios, como se prueba en cualquier libro que trate de ello?

Pues siendo cosa de Dios, a ellos y a nosotros nos toca obedecer y recibirlo. A ellos lo mismo que a nosotros, porque todos somos creados por Dios, servidores de Dios e hijos de Dios.

Y si ellos se revelan contra Dios y no quieren obedecerle, a lo menos que nos dejen obedecer a nosotros. El que se ahoga porque quiere, por lo menos que se ahogue solo, no arrastre a otros al fondo.

En cuestión de doctrina y de moral no podemos transigir, porque no somos quiénes para cambiar ni una letra.

Pero es que aunque pudiésemos cambiarla, no la cambiaríamos. Estamos muy bien como estamos.

Nos gusta ser personas decentes y de conciencia.

Nos agrada que se impida el mal.

Nos honra vivir en una nación donde se respeta la autoridad, se guardan las fiestas y se observan buenas costumbres.

Nos satisface ver practicada la piedad, la caridad y la justicia.

Y no tenemos ganas de cambiar.

¿Para qué si todo redundará en nuestro bien?

Pedirnos a nosotros que toleremos los ataques contra los sacramentos, contra los Obispos, contra el Papa, contra la moral satánica, es como pedirle a un niño que tolere el asesinato de sus papás, que ayude a los que entran por la noche a robar la caja de caudales. Es como pedir a un señor que viaje en su coche permita al chófer le despeñe en un barranco.

No, no podemos ni queremos.

Lo único que podemos hacer es compadecernos de las personas de nuestros enemigos y no hacerles mal.

Y ¡vaya si lo cumplimos! Mejor que ellos.

A ver quién ha dicho contra ningún protestante lo que Lutero escribió contra el Papa. Escribió tales groserías que los mismos protestantes se

avergüenzan de tan bajo lenguaje. Y si os ponéis a leer lo que dice en sus libros y en sus cartas sobre ciertas virtudes, sobre los votos religiosos, sobre la pureza de costumbres y cosas parecidas, tendréis que cerrar el libro a las pocas líneas, llenos de rubor y de repugnancia.

Algo semejante se ha de decir de uno de los directores de *L' Action Francaise*, condenada varias veces por la Iglesia.

En cambio, entre los buenos católicos ese lenguaje está prohibido y no se admite.

Todo el odio lo guardamos para luchar contra el mal y el error, no contra las personas.

Empleamos toda suerte de armas lícitas para hacer la guerra a las teorías funestas y a las enseñanzas e ideas corruptoras. Pero para las personas no tenemos más que perdón, compasión y amor.

Ese es el espíritu de Jesucristo y ha de ser el nuestro.

CONTRA EL MAL, INTRANSIGENTES.

CON LAS PERSONAS, TOLERANTES.

José María Muedra, S. J.

CASOS Y COSAS

Huelgas, más huelgas...

Un día se conciertan los Sindicatos semicomunistas valencianos y declaran la huelga cuarenta y ocho horas.

¿Porqué?

La razón suprema, porque lo ha ordenado el comité.

Otro día se declaran en huelga en Cádiz.

¿Razón?

La misma, porque lo ha ordenado el Comité Central.

Y así en otras partes.

El «orden y mando» de unos poderes *dictatoriales*, transmitido por unos delegados que se mueven en la obscuridad, sin responsabilidad pública se cumplen por la fuerza...

¿Y de esta violación de la Constitución española no tienen que decir nada las pudorosas vestales de «El Sol», «La Voz», «Heraldo» y otros?

Nada hay tan dictatorial ni tan me-

tido en los procedimientos de los gobiernos tiránicos como el estatismo comunista, sindicalista o socialista.

De las dictaduras y de las tiranías gubernamentales no pueden protestar los que profesan el estatismo y viven las dictaduras societarias, que son el camino del estatismo.

En el estatismo el individuo es nada; el Estado lo es todo.

En el societarismo marxista el individuo es nada, la Sociedad lo es todo.

Y el Estado que lo es todo está en manos de un individuo o de un Comité.

El societarismo que lo es todo está también en manos de un Jefe o de una Junta.

Y cuando un hombre o una Junta tienen en su mano todo el poder y toda la riqueza y todo el orden y hasta el derecho mismo ¿qué es eso sino el imperio de una Tiranía?

Las doctrinas estatistas y por lo tanto el comunismo, el sindicalismo único y el socialismo llevan en sus entrañas la dictadura y la tiranía.

Aunque las personas a veces no quieran, el peso de la doctrina les lleva por su inercia a ese fondo.

Relámpagos iluminadores de esta verdad son los *ukases* de la Casa del Pueblo de Madrid; los del Sindicato Unico de Barcelona, los de Valencia y Cádiz..., las huelgas de todos estos días.

Prueba doctrinal la ha dado un escritor en «El Sol» en un largo e impensado artículo.

Ortega y Gasset, que es el escritor aludido quiere un nuevo Estado: «Queremos hacer, dice, una cosa muy grande y generosa, donde quepan todos.»

La idea no es muy nueva. Hace muchos años, muchos que se ha señalado al Estado como fin el bien común.

¡El bien común de todos!

Un filósofo de cepa no habría dicho más.

Pero Ortega Gasset es un filósofo ensayista y a un ensayista le es permitido añadir la siguiente condición a ese Estado Nuevo.

Los juguetes del Niño Jesús

(CUENTO DE NAVIDAD)

I

Mañana es Navidad...

Horizonte pálido y glacial. Árboles sin vestido de fronda y con túnica de nieve. Nieve en los riscos. Nieve en las praderas. Nieve en los bosques... La nieve envuelve la atmósfera con su manto opaco y oscuro, borrando los contornos. Todo yace envuelto en el sudario invernal; y milagro parece que, en medio de esta naturaleza, brava y blanquísima, logre aún destacarse la humilde casita del guardabosque Pedro.

No es pequeño, a la verdad, el contraste que hay entre el ambiente gélido del campo que la circunda, y el ardiente entusiasmo con que en el interior de la vivienda, se aguarda el nacimiento del Redentor del mundo. ¡Que también los pobres tienen su Nochebuena, con excelente acopio de buen humor, de castañas y «torraos», y mayor todavía de paz en las conciencias!

María, la amante y hacendosa ama, ha prometido a su grey una regocijante pitanza para la cena, con un lechoncillo asado, truchas, pastelillos de miel y turrón de arrope, cuya elaboración ha puesto en albricias los esperanzados dientecitos de los pequeñuelos.

Mas de pronto algo grave le ocurre a la solícita guardesa. Al conjuro de una fuerte palmada sobre la frente, brota el recuerdo de algún elemento imprescindible en las normas culinarias, y que sin duda olvidó de comprar ayer en el mercado de la villa. Algo importantísimo es, porque la madre dispone que Rita, la niña mayor, vaya al poblado, distante de la casa como una legua.

—Ten cuidado, hija mía—encarga con ahinco la madre—, y date mucha prisa, que la noche se echa pronto encima. En dos horas está aquí de vuelta.

Doce años tan sólo tiene la niña; pero es tan juiciosa y bien dispuesta, que para su madre constituye un verdadero alivio en los quehaceres domésticos.

La marcha de Rita exaspera a Pedrín, mozallón de siete primaveras mal contadas, que a todo trance quiere acompañar a su chacha *para defenderla de los lobos*.

Vacila la madre un momento, y, consultando simultáneamente con la mirada el denuedo del rapaz y el temporal de la campiña, cede, al fin.

Y parten los dos hermanos con una

letanía de encargos entre los que figura la compra de un cartucho de bengalas, que Pedrín quiere para iluminar su Nacimiento.

II

La tarde ha quedado más apacible... Allá, a lo lejos, se divisa un rebaño de casitas blancas y chiquititas; sobre ellas, la torre parroquial, también con caperuza de inmaculada nieve. Parece imposible que el oído más avizor pueda escuchar en la vasta soledad otra cosa que el «rac-rac» característico, que al hundirse en el albo tapiz producen los cuatro piecitos caminantes. No contaba el pituso con que la nieve iba a entorpecer la marcha de sus escasas piernas, y que ella la fatigaría además de entorpecerlas. Esto hace que la minúscula embajada llegue al mercado más tarde de lo previsto; mas al cabo cumplen a pedir de boca su misión y regresan ya.

La nieve torna a caer, espesa y silenciosamente. La tarde también cae. Mas de media hora llevan de retorno los dos niños, cuando a la débil luz del crepúsculo invernal, al borde del camino, divisan a un anciano peregrino, que estacionado, mira alrededor con actitud indecisa.

—Niños—les dice el anciano, cuando ya está cerca—: ¿Sabrías indicarme la hacienda del señor Marcel? Estoy deseando llegar, porque me encuentro cansado y enfermo; pero soy poco conocedor de estos lugares y he perdido la senda.

Rita conoce muy bien al señor Marcel, como que es el amo de su padre y de ellos: un rico propietario de aquellos contornos. La hacienda es una hermosa finca, cerca de media legua de donde se hallan; mas el camino que hacia ella conduce es difícil y poco seguro.

—Buen anciano—dice respetuosamente la niña—. Vais descaminado, y no sería fácil orientaros en este camino todo igual. Se acerca la noche, y si yo misma no os conduzco hasta la casa, correréis grave peligro de no llegar a ella.

—¿No os será muy molesto, mis queridos niños?—ha replicado el peregrino.

—Ca, no, señor; nosotros ya correremos después.

Y, tomando a Pedrín de la mano, la gentil guía va precediendo al anciano desconocido. Aquel improvisado tríptico ofrece un donoso contraste: la inexperiencia conduciendo los pasos de la ancianidad.

Media hora o poco más, y ya están los tres ante la finca del terrateniente.

—¿De quién sois vosotros?—se ha

«Claro es, dice, que los que no quieren un Estado nuevo se excluyen a sí mismos de esta amplísima colaboración.»

Es decir, se quedan como párias fuera de la colaboración ciudadana en el nuevo Estado.

No hay dictador en Europa que se le haya ocurrido decir tanto.

Sóloamente a Mussolini se le ha ocurrido crear el nuevo estado fascista privilegiado... ¡y no se ha atrevido a negar toda la colaboración a los no fascistas!

La afirmación de Ortega Gasset se sale fuera de la civilización occidental para entrar en el cesarismo de una Junta Magna.

Es lo que ha hecho la Rusia comunista.

Es la tiranía del estatismo que resurge de entre las cenizas de la civilización trayendo la barbarie a la nueva gobernación del Estado.

Ortega Gasset huyendo del «aldea-nismo», donde hay casas confortables se ha metido en las cavernas.

Abomina de un régimen de fuerza y preconiza otro régimen de fuerza, el de una Junta Magna donde no pueden colaborar los que no piensen como pienso yo.

Mientras en Ginebra sestan el run-run del desarme los delegados de las naciones, Europa siente la fiebre de los armamentos.

De una parte parece que han formado unión: Italia, Alemania y Rusia y de otra Francia, Inglaterra, Rumanía, Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia.

La manzana de la discordia es el tratado de Versalles.

Si la guerra estallara, y quiera Dios que no sea así, nuestros *intelectuales* y aquellos prohombres izquierdistas antes tan francólicos ¿de qué lado se inclinarían ahora?

El sarampión del momento presente, que domina en los *clubs* del Ateneo y de las universidades es el comunismo.

¿Dejarían a Francia e Inglaterra por Rusia, Italia y Alemania?

¡Vaya compromiso!

Porque de parte de la neutralidad no se pondrían, como no se pusieron antaño.

¿Amigos de la paz?

¡No lo son!

A. Hernán

limitado a decir el desconocido, antes de despedirse.

—De Pedro, el guardabosques— han contestado ellos.

—Quedad con Dios; y corred, no os ocurra algo en el camino.

III

De nuevo hacia la solitaria casa del bosque.

Ya es tarde y en la umbría la noche ha cerrado por completo. Pedrín, el denonado Pedrín, siente un miedo invencible, y va materialmente prendido de la faldita de su hermana.

¿Cómo estará entre tanto el corazón de una madre?...

—¡Oh, Dios mío!—ha exclamado Rita, helada de espanto.

A muy corta distancia, delante de ellos, dos luces ardientes brillan en la oscuridad, como dos brasas encendidas. No tardan en columbrar los niños el contorno de un enorme lobo.

Rita reacciona pronto; es valiente. Mas, ¿qué hacer ante un peligro tan cierto y amenazador?

A las márgenes del camino unas encinas grandísimas elevan al cielo sus ramas salvadoras; la niña concibe al punto una idea. Agazapa a su hermano sobre una rama enorme, le ayuda a trepar, y ella misma lo hace después, como una ágil gata.

La fiera se precipita sobre el árbol, cual si quisiera derribarlo; pero la presa ya está en seguro. Comienza el lobo a aullar siniestramente, y su voz encuentra eco, hasta que pronto se han juntado bajo el árbol más de diez lobos voraces.

¿Que va a ser de las pobres criaturas?

Han conjurado el peligro momentáneamente; pero el hambre y el frío, más despiadados que los mismos carnívoros, pondrá la presa al alcance de sus garras.

Los gritos de los inocentes sitiados se pierden en la infinita lejanía. Nadie responde.

Las bestias famélicas hacen corro junto a la encina, como si entendiesen que el tiempo se encargará de ser el verdugo de las pobres víctimas.

Pero el cielo no abandona a los pequeños e inspira a Pedrín una ocurrencia, que va a demostrar palmariamente que él fué quien en verdad defendió a su chacha de los lobos.

En la alforja donde traen las provisiones, van también las bengalas para el Nacimiento, amén de algunas cajas de cerillas.

Y, sin comprender el verdadero alcance de su decisión, Pedrín enciende una de las luminarias y la agita en el aire.

Un chorro de luz descubre el tenebroso horizonte y las codiciosas bes-

tias emprenden una fuga precipitada. Rita, que al instante se percata de todo, coopera también al esfuerzo del muchacho, y enciende todas las bengalas del paquete, coronando de blanquísimo resplandor la salvadora encina.

Entretanto la guardesa, inquieta por la tardanza de sus hijos, avizora el horizonte... ¡Todo lo ha comprendido aquella madre dolorosa! Y, aunque sólo lo puede ver los raudales de luz que emanan del bosque, el corazón le ha revelado lo restante.

Pedro, mira allí—ha podido pronunciar ella a duras penas.

El hombre observa con fingida calma, y dice:

—¡Son ellos!... ¡Pobrecitos míos!

Echase al hombro la escopeta, y sale a buen paso.

El buen padre, más que correr, vuela materialmente, en cuanto ella le pierde de vista.

Cerca del escenario de su dolor, el corazón paterno quiere saltarle del pecho, ante el espectáculo pungente que sus ojos contemplan. Las bengalas casi no alumbran ya; y, como si las fieras se percatasen de que se extinguen los elementos de defensa vuelven al asedio.

Allá, en lo alto de la encina, Pedro ve colgados a los hijos de su alma.

La defensa va a ser difícil: ha de habérselas con más de veinte enemigos formidables.

Toma el guarda posiciones desde otra encina próxima, y sus balas certeras van derribando más de la mitad: los demás huyen.

Está ganada la lucha: y el guarda se lleva a sus hijos, como trofeo de victoria.

IV

En la alquería no hay consuelo para la pobre madre, que a gran distancia ha presenciado el rigor de la pelea. Abraza a sus hijos, a quienes creía perdidos para siempre; abraza asimismo al esposo, que ahora tiembla de emoción.

—Madre—dice Pedrín con fanfarria—: gracias a mí... y a las bengalas.

La niña relata la terrible historia, con todos los pelos y señales. María, que escucha despavorida lo que la pequeña dice, cree que nadie más que el Niño Jesús, a quien esperan, ha sido el libertador de aquellos pedazos de su sér.

En torno a la tribuna, ansiosos de oír, se han colocado Juanito y Rosa, que completan la media docena de seres componentes de la familia feliz de Pedro.

Pedrín se ha encaramado sobre las piernas de su padre, que, aunque más

cerca del suelo, considera sitio más seguro que los brazos de la encina. A todo asiente con la rubia cabecita; pero no puede pasar por que se atribuya a otro distinto de él mismo la salvación de su chacha de los dientes de los lobos.

Mas de una hora ha transcurrido entre charlas y preguntas; el tiempo ese gran sedante que acaba con todos los contratiempos y restaña las heridas del infortunio ha abierto las ganas de yantar, y todos, de acuerdo perfectísimo, reclaman de la dueña la cena suculenta.

Fuera hace frío, es verdad: pero en el interior de la casa de Pedro, alienan corazones amantes, y se regocijan las almas y los cuerpos; templados por el calor del hogar, donde pende, colgado del garabato, el dorado tostón, a punto de ser devorado por seis fieras, no tan fieras como los lobos de la campiña, pero si tan apetentes.

El rubí de la hoguera se mantiene constante por haces de sarmientos, que se consumen, chisporroteadores, iluminando con su fuego el vientre de la negra chimenea, adornada con grandes riestras de ojos, morcillas y algún choricejo.

Un poco más allá espera la mesa de viejo pino, con los manteles de retor, el comienzo del festín. En el centro hay una humeante cacerola. Colgado de la pared, alumbrado un candil: En un rincón espera la guitarra que avancen las horas de la digestión, para dejar sentir sus notas mágicas en desordenados arpegios, cuando la manotoca del padre resbale por sus delicadas cuerdas, preludiando un villancico al Niño Dios.

Ya nadie se acuerda del peligro pasado. Todo el mundo se dispone a rendir honores a los platos, exquisitos y abundantes.

¡Que también los humildes celebran su Nochebuena, y tienen mucho que agradecer al Niño Jesús!

V

¡Día 25 de diciembre! Día feliz en la tierra para los hombres de buena voluntad, que quieren la paz de Cristo, hecho Hombre por amor al hombre.

En la casita de Pedro, el guardabosque, reina un alborozo extraordinario. Los cuatro pichoncitos de aquel nido de amor hacen una rueda gozosa en torno a un verdadero almacén de juguetes, que acaba de enviarles el Niño Jesús.

El anciano viajero, guiado por Rita y Pedrín, era un rico pariente del señor Marcel, quien envía a los niños un cajón lleno de juguetes y dulces; y el verdadero árbol de Navidad, el auténtico, resplandeció en la casita perdida entre la blanca nieve. *Julio Brig*